

# EDITORIAL

## ¿QUE HABEIS HECHO POR EL INDIIO?

Desde la época de la Conquista, en que los hombres rubios y barbados de Hernán Cortés, consideándose como una raza infinitamente superior a la azteca, vinieron a deslumbrar a los nativos con los falsos destellos de sus multicolores cuentas de cristal, para arrancarle por medio del intercambio fraudulento que fue la base del futuro comercio, enormes cantidades de "pepitas" del oro arrancado a las entrañas de nuestro México, la interrogación que sirve de epígrafe a este artículo, siempre ha sido contestada, por el incontrovertible argumento de los hechos consumados, con una frase en que se condensa toda la enormidad de un crimen perpetuo y que puede sintetizarse en una palabra: ¡Esclavos!

Inútil es que la "Madre Patria" y sus más encarnizados defensores aleguen, como hasta hoy lo han hecho, que con la Conquista de México nos trajeron el riquísimo idioma que desde entonces se habla; la religión católica, o por mejor decir, el fanatismo considerado por ellos como la base de la moralidad pública y privada que habría de imperar en nuestro medio; y la educación de una raza sumisa y abnegada; pero también levantisca y noble, con aquella nobleza que heredó de sus antepasados y que, por fortuna, no aprendió de sus conquistadores.

Estos al aportar esos elementos, que pregonaron eran benéficos para nuestro pueblo, solo los utilizaron para convertirnos en esclavos suyos y cometer los primeros crímenes que nuestra Historia registra: incalificables porque se ejercitaron en una raza aborigen, inculta e indefensa que, cuando pudo sacudir el yugo, no vaciló en enfrentarse con sus primeros opresores y en devolverles, a cambio de sus certeros tiros de arcabuces y pistolas una lluvia de flechas y de guijarros de obsidiana que, como en la leyenda bíblica, dieron en la frente del Goliath hispano.

Pero la semilla, esa mala semilla sembrada en nuestro suelo, fructificó—todo lo malo fructifica—los caciques rubios que imperaban en aquella época, encontraron imitadores entre los hombres de la tez de bronce; y los virreyes substituyéronse por los emperadores y tiranos que, para poder sostenerse en sus efímeros tronos, necesitaron de cómplices suyos, secundadores de todas sus infamias, a los que daban el ejemplo.

Desde nuestra independencia hasta la tragedia que tuvo su epílogo en el Cerro de las Campanas, el pueblo vivió en la esclavitud más espantosa, entregado a sus prácticas de fanatismo, adorando a sus ídolos de barro y rindiendo homenajes de vasallo a sus ídolos humanos, así se llamaron Agustín de Iturbide, Antonio López de Santa Anna o Maximiliano de Hapsburgo, aquellas altezas serenísimas que vivían en perpetuo contubernio con el clero y que jamás se preocuparon por otra cosa que por tener a sus "súbditos" sumidos en la ignorancia más completa.

Y, con el establecimiento definitivo de la República, con el advenimiento al poder del Presidente representativo popular, vino el nacimiento de la nueva forma del cacique encarnado en el Jefe Político y Presidente Municipal, que, creyéndose reyezuelos de sus pequeñas islas, siguieron urdiendo eslabo-

nes a la cadena que comenzó con la Conquista de México, y que no terminará hasta que la Revolución actual cumpla el solemne compromiso que tiene contraído con el pueblo de devolverle, con su libertad, todas las enormes extensiones de terreno que le fueron robadas—esa es la palabra—por los hombres rubios de Cortés, los aztécos, producto de la mezcla de dos razas que no debieron unir jamás sus sangres, y los criollos educados por aquellas dos grandes ramificaciones de la especie.

La inquisición, con todo su lujo de crueldades infucas, no fue más que un reflejo de los atentados enormes que debieron cometer a su extinción.

Pero de todas las épocas en que el imperio del cacicazgo hizo pasar su mano de hierro sobre los infelices proletarios de México, una hay que se destaca por la sangre que chorró: aquella de que fuera principal protagonista el dictador Porfirio Díaz, porque, en su tránsito por el Gobierno, hizo de la tierra que pisaba y de la que se soñó dueño absoluto, la repartición que le vino en gana, no para sus conciudadanos que soportaban sus iniquidades, sino para todos los elementos extranjeros que, a cambio del oro con que llenaron sus arcas o de las condecoraciones que obtenían de sus gobiernos para el pecho del presidente eterno, conseguían la cesión de grandes, de inmensos terrenos, cuyo cultivo o explotación les indemnizaba en cortísimo tiempo, del relativamente pequeño desembolso que hacían para comprar la conciencia de un tirano y las firmas en contratos y concesiones, de la camarilla de ministros que le servía con el incondicionalismo de la complicidad. Y, para alabanza de Porfirio Díaz, tal vez la más merecida que se le haya tributado, puede decirse que tuvo el singular talento de saber escoger a los miembros de su gabinete a semejanza suya, respetando esta que pudiéramos llamar ley fatal de sociología: "Para que un dictador permanezca en el poder, se necesita que sus secuaces sean tan malos como él mismo."

De la serie de combinaciones asquerosas llevadas a cabo en ese largo período de treinta y cinco años, se obtuvo, como consecuencia directa, que los verdaderos y absolutos dueños de la tierra que los viera nacer, siguieran siendo esclavos, a ciencia y paciencia de los que, a grandes voces, pregonaban nuestro progreso y civilización para ambos mundos.

Progreso... ¡cuando los peones de una hacienda, desempeñando tareas de sol a sol, obtenían como recompensa a su rudo trabajo la insultante retribución de diez y ocho centavos al día, que los equiparaba a las bestias de carga, cuya alimentación era más costosa que la "raya" pagada a aquellos desgraciados; vendidos no sólo en sus personas, sino en las de sus familiares...! Civilización... ¡cuando se hacía uso del látigo para castigar las faltas cometidas o para obtener mayores rendimientos de trabajo; cuando al amparo de la ley se practicaba la asquerosa trata de blancos en las llamadas casas de enganche; cuando los exiguos jornales eran acaparados en su totalidad por los dueños de minas y haciendas, en aquellos robaderos que se llamaban haciendas de raya...! ¡El en eso consistía

nuestra civilización y nuestro progreso, malditos sean!

El indio, el sufrido ser nacional que debió haber gozado de los beneficios que prodigó la naturaleza en esta incomparable tierra mexicana, convertido desde la época de la Conquista en esclavo del hombre rubio, superior a él solo en la maldad que inspiraban sus actos, mientras el extranjero a quien España abrió los ambiciosos ojos para que los clavara en nuestro suelo, aumentaba sus riquezas y su poderío por medio del bandillaje desarrollado en todas sus más asquerosas manifestaciones; y el dictador, el que vendió a sus hermanos, recibía honores y agasajos y aumentaba su fortuna hasta convertirla en enorme montón de oro, amasado en la sangre y lágrimas de muchos millones de esclavos.

La Historia sabrá disimular errores; pero nunca podrá perdonar crímenes y, cuando llame a su tribunal al dictador para que responda de sus actos, la primera pregunta que le lance al rostro, será esta: "¿Qué hiciste por el indio...?" ¡y qué contestará el tirano para atenuar su crimen? No tendrá que responder y, entonces, la Historia dictará su fallo inapelable, condenando al "caudillo de cien batallas" y despojándolo de todo el falso esplendor que lo rodeaba, evitará que las futuras generaciones comenten la infamia de modelar su figura para erigirle estatuas, lo que vendría a ser la suprema prostitución del bronce.

Por eso el indio, cuando oyó sonar las campanas que lo convocaban a luchar por la libertad, cuando llegó a sus oídos la voz de un apóstol que lo hizo conocer lo que parecía ignorar, abandonó los campos de labranza, trocó el azadón y el arado por el fusil y el machete y se lanzó a conquistar su libertad; y por eso también, los que secundaron la obra de aquel apóstol sublime, sabrán cumplir lo que le tienen ofrecido, sabrán luchar hasta el fin para que, cuando la historia, juzgando de sus actos les haga la sacramental pregunta: "¿Qué hiciste por el indio?" puedan ellos responder con el orgullo de su raza:

"De los indios, que fueron esclavos por algunas centurias, hice ciudadanos; perseguí, hasta conseguir aniquilarlos, a sus eternos extorsionadores que, a imitación de los hombres rubios y barbados de la Conquista, vinieron a despojarlos de todo lo que les pertenecía... ¡Eso hice por el indio...!

¡Y entonces, la Historia, pronunciando su fallo, autorizando a las generaciones futuras para modelar las figuras de sus benefactores con el bronce que pretendía prostituirse con la fatídica de un dictador!